

Apellido y Nombre: Pavón, María Cecilia

Fahce-UNQU

correo electrónico: ceciliapavon@yahoo.com.ar

Título: *Cuerpo e identidad en Lazarillo de Tormes*

Como antecedente de la novela moderna dos de los elementos principales de *Lazarillo de Tormes* son la constitución de una nueva clase de personaje y la técnica narrativa del uso de la primera persona, que hace posible el desarrollo de este tipo de personaje. Ambos elementos dan como resultado una estructura genérica híbrida basada en el género epistolar al que se le imprime una intención autobiográfica.

Es la voz de Lázaro adulto la que ordena los acontecimientos en un hilo biográfico que va desde que es niño hasta que es adulto, por lo cual lo que tenemos ante nosotros es una subjetividad, un “yo” en construcción, un “hacerse con palabras”. Dicha subjetividad está atravesada por problemáticas relacionadas con el cuerpo y las políticas que regían sobre él durante el Renacimiento.

Entre los temas relacionados con la corporeidad analizaremos la naturaleza violenta del aprendizaje de Lázaro y las cicatrices de su cuerpo como marca visible de dicho aprendizaje. En este sentido podemos postular la palabra de Lázaro adulto como instancia ordenadora del mapa inscripto en las cicatrices de su cuerpo en tanto escritura que retiene la memoria, información cifrada sobre la constitución de un sujeto en un momento de paradigmas literarios, sociales y económicos fluctuantes.

En torno a la corporeidad como eje de análisis deben considerarse dos binomios indisolubles: a) Violencia-aprendizaje y b) Violencia-sexualidad, ambos concomitantes en lo que respecta a la constitución de la identidad de Lázaro.

La violencia es el elemento que echa a andar la maquinaria narrativa ya que es el ejercicio del poder de Vuestra Merced sobre un “otro”(Todorov. 2003: 13), inferior social, a quien se le ordena explicar lo referido al “caso”. Lázaro es considerado en su dimensión inferior sólo apto para obedecer las órdenes y deseos de Vuestra Merced y no constituye objeto de conocimiento más que en su condición deshonrosa de cornudo. Narrar es otra forma de obedecer y servir. Lázaro, en cambio, en lugar de explicar sólo lo referido al “caso” decide tomar la historia desde el principio, para que Vuestra Merced tenga “entera noticia de su persona”.

En cuanto al aprendizaje, la única alternativa didáctica en el mundo de Lázaro

será la violencia. Los nuevos conocimientos provienen de asociaciones con el dolor y conllevan, como veremos, a la fragmentación del sujeto devenido en objeto.

El primer acto de violencia física que marca el pasaje de niño a pícaro es el golpe que el ciego le propina contra el toro de piedra, significativamente en el límite de su ciudad, Salamanca. Pero este segundo nacimiento ya había sido anunciado por otro acto de violencia: la palabra de su madre, quien le dice “(...) Criado te he y con buen mozo te he puesto; válete por ti” (1994: 22). Se pone fin a la relación con el objeto materno y se sustituye el padre natural por el ciego, quien dice tomarlo “(...) no por mozo, sino por hijo” (22). Lázaro así lo reconoce: “Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir” (24). Este es el nacimiento de Lázaro a una nueva manera de ser, ser social.

La fuerza violenta de estas palabras funciona como un elemento generador de vida en tanto Lázaro, librado de la tutela y protección de su madre, enfrentará su existencia, que se le abre ahora llena de posibilidades, aunque el mensaje es claro: “Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo” (1994: 23). La lección aprendida mediante el dolor será, paradójicamente, la que lo salve del segundo y más importante, por su constancia en el tiempo, flagelo físico: el hambre, del cual se libra gracias a su “sotileza y buenas mañas”, mediante las cuales puede hurtar algo de comida. Sin embargo, otra suerte corre cuando intenta obtener un poco de vino mediante un pequeño orificio en el jarro de su amo que tapa sistemáticamente con cera y espera que el calor del fuego la derrita y habilite una pequeña fuetesilla que va a dar exactamente a la boca del pícaro. Al ser descubierta la treta dice Lázaro: “sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.” (1994: 33). La crueldad desatada por el ciego contra el cuerpo de Lázaro tiene como función que éste interiorice las normas de comportamiento social.

El dolor ha perdido su valor como atributo masculino que remite a la fortaleza y coraje del guerrero. Tampoco se trata del dolor como medio de purificación preconizado por la Iglesia Católica en torno al cuerpo de Cristo como *Sanctus Pauper*. El orden medieval, que descansaba sobre la idea de una comunidad sagrada, había desplegado sentimientos de sospecha, repudio y exclusión hacia todo aquel que manifestara, por sus

condiciones o actitudes, una diferencia en relación al concepto de normalidad elaborado por la *ecclesia*. La manera de absorber la diferencia que separaba a los marginados del resto de la comunidad fue debatiéndose entre el temor y la necesidad, el espanto y la atracción. Michael Mollat, al hablar de la construcción interna de la caridad medieval, cita un pasaje de *La vida de San Eloy* que dice: "Dios habría podido hacer ricos a todos los hombres, pero quiso que hubiera pobres en este mundo para que los ricos tuvieran ocasión de redimir sus pecados" (1978. 61). De esta manera, la caridad era el medio por el cual la comunidad obtenía tranquilidad de consciencia y, al mismo tiempo, diseñaba un lugar simbólico donde proyectar todo aquello que consideraba negativo lejos de sí misma. Cabe destacar que esta idea de pureza y/o normalidad tiene origen en la creencia de que cuerpo y alma estaban unidos de manera indisoluble y de que la corporeidad, prisión del alma, y por oposición a ésta, era el aspecto donde lo maligno se manifestaba.

La revolución que significó el advenimiento del humanismo rechazaba los esquemas mentales vigentes hasta el momento y aspiraba a ir más allá de la teología cristiana. Por lo cual, bebiendo de las fuentes grecolatinas, sustituyen el elogio de la pobreza por el elogio de la prosperidad. El *Sanctus Pauper*, hasta entonces representación física del cuerpo de Cristo, es reemplazado por un concepto incorpóreo, su cuerpo místico.

El cuerpo llagado y maltrecho de Lázaro ya no remite al cuerpo agonizante de Cristo y esta disociación tiene como consecuencia la desdignificación del pobre, que es percibido por la psique colectiva como elemento amenazante, patológico en relación al orden social. Por ello Lázaro no provoca piedad entre aquellos que lo ven herido, sino risa. Festejan la brutalidad del ciego y ríen del dolor del criado. Sucede que a pesar de que muchos humanistas de los siglos XV y XVI se pronunciaron contra la pedagogía del castigo estaba operando en el nivel de las concepciones colectivas una pérdida de sentido del sufrimiento y una desorientación en cuanto a la función social del pobre.

Se había generado un vacío sociocultural. El lugar de mediador entre el hombre y Dios pasó a ser ocupado por la creciente burguesía y los intelectuales, para quienes el desposeído carecía de función.

El salto teórico que significó la concepción humanista del hombre como un agente moral autónomo, dotado de voluntad y hacedor de su destino terrenal y divino no puede traducirse en la práctica sino de manera defectuosa, como en la vida de Lázaro, cuyo final es una trágica parodia del ideal de vida humanista.

Las cicatrices que estigmatizan a Lázaro expresan, para Paula Jojima, esta

hendidura en la textura social. Cuenta Lázaro en relación al episodio del jarro: “Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé” (1994: 33). El hecho de que la mayoría de estas marcas se den en el rostro guarda una relación entrañable con el tema de la identidad social e individual. En el contexto del Renacimiento, cuando las dimensiones divinas o trascendentes quedan atrás, surge la idea de sujeto como la suma de lo externo (belleza) y lo interno (bondad). La relación entre ambos aspectos queda establecida por Ficino en un comentario a *El Banquete*: “No es a mi parecer el cuerpo por bien constituido que esté, el que por su propia virtud hace al alma buena; por el contrario el alma, cuando es buena, es la que da al cuerpo, por su propia virtud toda la perfección de que es susceptible” (Bosch. 2004: 113). Por otra parte, para reconocer el cuerpo como identidad personal, hay que comprender la relación entre corporeidad y principio vital. En este sentido resulta significativa la alusión que hace el Estaragita al comentario de los cretenses acerca del rostro: “llaman belleza de aspecto a la belleza del rostro” (Bosch. 2004: 113). Esto implica la aceptación del rostro como la parte más expresiva y personal del cuerpo. En estas circunstancias ¿Qué lugar puede tener Lázaro en el proyecto humanista? ¿Qué sentido puede tener su existencia?

b) Violencia-erotismo

En cuanto a la relación entre violencia y sexualidad, rescataremos en especial el segundo más grave hecho de violencia corporal ejercida por el ciego a Lázaro en ocasión de robarle éste una longaniza que se estaba asando y reemplazarla por un nabo. Al descubrir el engaño el ciego introduce su nariz en la boca de Lázaro que no puede contener el asco y vomita el alimento mal habido en la cara del ciego.

Estamos de acuerdo con Gerhard Penzkofer que, teniendo en cuenta que en la literatura el comer y el beber expresan relaciones específicas entre el Yo y el mundo, postula que el episodio de la longaniza puede leerse como parodia grotesca del amor neo platónico, que a menudo aparece como un mutuo devorarse de los amantes. Estas reminiscencias platónicas trastocadas de modo grotesco plantean una respuesta a la problemática de la individualidad.

La concepción neo platónica del amor presupone un doble movimiento de identificación espiritual y desdoblamiento de los amantes que se expresa a través de la

comida y su ingestión. Para León Hebreo, en sus *Dialoghid'amore*, y para Castiglione, en el *Cortegiano*, “el significado del beso radica en que, con él, los amantes fluyen de un cuerpo al otro, entremezclándose, de manera que cada uno de ellos posee dos almas y, sin embargo, es una sola, resultante de la fusión de ambas, la que gobierna los dos cuerpos” (Penzkofer. 1999: 989).

La idea de devorarse mutuamente de los amantes platónicos puede funcionar como experiencia traumática de frustración en la dinámica de comer y ayunar que atraviesa la vida de Lázaro.

El episodio de la longaniza coloca a Lázaro y al ciego en una lucha corporal en la que intervienen diversas partes del cuerpo: boca, nariz, garganta, esófago, intestinos. Órganos ligados a la ingestión, digestión y expulsión de los alimentos que para Bajtín representan características de lo carnavalesco se reúnen en un mismo episodio para escenificar el nacimiento y disolución de una relación interpersonal. Estamos ante una relectura en clave carnavalesca del comerse mutuamente de los amantes, sólo que en este caso la atracción divina es sustituida por una longaniza y *eros*, el *apetitus naturalis*, por el hambre.

En esta suerte de erotismo caníbal Lázaro se traga primero la longaniza, símbolo fálico del poder del otro, y luego al ciego mismo en forma de su nariz. Por un breve momento ambos conforman un mismo cuerpo monstruoso. El acto de la incorporación, violento y doloroso, culmina con la expulsión violenta de lo incorporado. La simbiosis platónica ha fracasado y lo que se produce es el reconocimiento de un yo en la separación de un otro. En los umbrales de la modernidad, la identidad comienza a concebirse ya no por analogía con el ideal de la imagen especular sino por la diferenciación entre ambos.

Como no podía ser de otra manera, Lázaro recibe un castigo físico por su fechoría y nos cuenta: “¡Oh gran dios, quién estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego, que, si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascuñado en pezcuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones” (1994: 41).

Desde la perspectiva de las interpretaciones psicoanalíticas, este episodio puede verse como especular en relación a dos temas recurrentes en la obra que tienen incidencia en la configuración de la identidad de Lázaro: la frustración y la castración.

La primera tiene lugar en la primera infancia del pícaro, carente de una familia normal según los parámetros de la época. Esta frustración se extiende a toda su historia y aspectos de su vida, ya que no sólo fracasarán sus intentos de construir una célula familiar compensatoria (con sus amos, con su mujer) sino también la de satisfacer su hambre e incluso la de cambiar de status social. En términos psicoanalíticos, esta carencia inicial y sus sucesivos intentos de compensación se traducen en frustración libidinal que se simboliza textualmente mediante la castración, que aparece en el texto de manera tácita o simbólica. En este episodio en particular, Lázaro no sólo no ha podido retener el alimento sino que además recibe nuevas marcas en su cuerpo en concepto de castigo. Según la topología propuesta por José Luis Alonso Hernández, las cicatrices, sobre todo las que se dan en cuello, rostro o cabeza y provocan la pérdida de cabellos o dientes remiten simbólicamente a la castración ya que imprimen una marca de la cual Lázaro no puede sustraerse, lo relaciona con el acto delictivo del robo y lo condena al fracaso de cualquier actividad de superación que inicie.

Por otra parte, la castración aparece aludida en el discurso de un Lázaro impotente ante las nuevas risas del ciego y demás concurrentes frente su mal: “Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice, por que me maldecía: y fue no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que con sólo apretar los dientes se me quedaran en casa, y, con ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y, no pareciendo ellas, pudiera negar a la demanda” (1994: 42).

El mundo en el que vive Lázaro comienza a percibir los cuerpos según su potencial productivo en términos económicos capitalistas, por lo cual el control sobre los mismos tiene un componente violento. El ciego, por ejemplo, manipula la boca de Lázaro frontal y despiadadamente, como si se tratara de un objeto inanimado, al punto de desencajársele. Las partes mismas del cuerpo parecen independizarse del todo al punto que Lázaro culpa a su garganta de su desgracia. Los contornos se difuminan y los límites se vuelven borrosos, sobre todo aquellos que tienen que ver con la esfera privada y la pública. Ésta funciona de manera hipertrófica como “manifestación de un Estado confesional en el que lo religioso, lo político e incluso lo social se hallaban entrelazados. Lo había invadido todo, violando hasta los nichos más recónditos y sagrados del ámbito privado: desde lo espiritual hasta lo erótico” (Jojima. 2001: 324).

Cada nuevo amo ha sido un paso más en la escala de degradación y la acción de adquirir “Un hábito de hombre de bien” no alcanza para transformarlo en tal. La

fragmentación llega a un punto en el que los límites del cuerpo se confunden y el adentro con el afuera se vuelven la misma cosa. El vómito, al igual que la sangre en el primer episodio analizado, exterioriza lo interno y se confunde con lo exterior. El sujeto que constituye Lázaro es un sujeto construido con retazos, lleno de parches y escisiones porque es el resultado del fracaso del modelo humanista. La soledad en la que se encuentra Lázaro es la expresión de un estado de ánimo colectivo. Porque el desarrollo individual y la libertad que pregona el humanismo no son posibles para aquellos que no tienen los recursos económicos para alcanzarlos.

Contra esta situación, Lázaro parece reclamar que aquello por lo cual se lo cuestiona es parte de su vida privada. Reclama para sí, trastocando el sentido de “arrimarse a los buenos” el derecho a gozar de los favores materiales que le provee el Arcipreste de San Salvador ya que en términos materiales se está midiendo la valía de los hombres.

Las cicatrices, en este sentido, son la marca pública que el poder ha inscripto en su cuerpo durante el proceso de adoctrinamiento. Constituyen el discurso que el vencedor ha impreso en la piel para ejemplo y memoria de Lázaro y todo el que lo contemple. Sin embargo, mediante su exégesis, Lázaro las transforma en un lugar de resistencia desde el cual cuestionar a la normativa misma. Porque les da un nuevo sentido en tanto le sirven para contar su experiencia, su vida entera, y les otorga el valor de rasgo identitario que lo hace único y excepcional. Mediante la palabra Lázaro reclama ante el otro, Vuestra Merced, existencia social y valía literaria.

En este punto resultan pertinentes las observaciones de Juan Manuel Asensi, quien tomando como hilo conductor las teorías de Judith Butler sobre el cuerpo, formula la idea de que el cuerpo es una escritura que entra en momentos esenciales en conflicto con el lenguaje, lo simbólico y la ley.

Según estas consideraciones “el cuerpo es una escritura modelada por la ley sólo hasta el punto en el que se rebela contra ella y sigue un camino diferente. No una escritura construida por el lenguaje y la ley, sino una escritura a la deriva que la ley controla sólo hasta ciertos límites y que las más de las veces fracasa en ese intento de control” (2008: 28).

La operación de subversión del orden establecido se da en *Lazarillo de Tormes* gracias al uso de la técnica narrativa de la primera persona. Esta apreciación, en el marco de la Teoría de la Crítica como sabotaje, nos llevará a demostrar no sólo la potencia política de la obra sino también de qué manera la misma diseña un modelo de

análisis político capaz de iluminar los problemas de la subalternidad.

Una de las definiciones de del/a subalterno/a dadas por Gayatri Chakravorty Spivak es

que el/a subalterno/a es aquel o aquella que más que actuar, sufre las acciones de otros. Tanto Lázaro como Lazarillo sufren las acciones de los demás y sus acciones no son sino reacciones que se ve forzado a realizar para sobrevivir. En este sentido es un ser reactivo más que activo. Todo comienza con la enunciación misma, en tanto el acto de enunciación de Lázaro no es más que la respuesta a lo que Vuestra Merced solicita: que se le relate lo relacionado a “el caso”.

Como la relación con el otro no se constituye en una única dimensión, Todorov propone situar la problemática de la alteridad según 3 ejes: el eje axiológico, el praxeológico y el epistémico. El primero corresponde a juicios de valor en términos de bueno o malo, el segundo a la relación de acercamiento o alejamiento con el otro que determina la sumisión del o al otro y el tercero atiende al conocimiento o ignorancia de la identidad del otro.

Lázaro es descalificado en los tres ejes de relación: no tiene honor ni valor, es considerado en su dimensión de inferior sólo apto para obedecer las órdenes y deseos de Vuestra Merced y no constituye objeto de conocimiento más que en su condición deshonrosa y/o divertida de engañado por su mujer. Desde esta perspectiva la derivación “Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba” expresa el autoritarismo negador del otro donde narrar es otra forma de obedecer y servir.

La relación entre Lázaro y Vuestra Merced se juega en términos de alguien que manda y alguien que debe obedecer, por eso deberá construir un único lugar de enunciación posible para que su discurso sea viable: el lenguaje del destinatario.

Mediante este hábil movimiento, Lázaro se apodera de la acción, la voz y la perspectiva y obedecerá sumisamente el mandato de escritura sólo aparentemente. En lugar de centrarse en el “caso” su relato excede lo solicitado en cantidad (informa más de lo que V.M. le pidió), relevancia (relata lo que es importante para él, no para su receptor), modalidad (escribe una novela en vez de un cuento centrado en el “caso”) y verdad (se muestra reticente respecto al “caso” y se explora en su historia previa) (Martínez. 2004: 5). Esta apropiación es lo que le permite la operación de sabotaje a partir del procedimiento de la ironía desde el comienzo. En el prólogo, cuando afirma que se referirá a “cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas” (1994: 4) no sólo reproduce una fórmula de *captatio benevolentiae* que se remonta como mínimo a

Horacio sino que el tema, las “cosas” de las que va a hablar constituyen una materia miserable. En definitiva, desautoriza al “otro” y lo coloca en la posición pasiva de escucharlo ya que se le ha pedido que hable de una situación que se supone deshonrosa para su persona.

De esta manera, su sabotaje operará en cada episodio de su vida que narra. Sólo por dar un ejemplo, pensemos que el precepto moral que guía a Lázaro es el mismo que el de su madre y proviene del refrán popular “Arrímate a los buenos y serás uno de ellos”. Buenos son aquellos que proporcionan a la mujer dinero para la supervivencia de su familia. Lázaro sigue el consejo de su madre y llega hasta el Arcipreste, quien en ocasión de tratar el “caso” con el matrimonio le dice: “Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará; digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir della. Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca: digo a tu provecho” (133). A lo que Lázaro contesta recordando el refrán de su madre: “Señor, yo determiné arrimarme a los buenos” (133). Por un corrimiento de significados lo “bueno” y moralmente correcto será aquello que le procure sustento y bienestar económico. ¿Cómo podría actuar de manera incorrecta el Arcipreste si es un alto representante de la Iglesia Católica, aquella misma que lo interroga sobre “el caso”?

La particularidad de la palabra de Lázaro es que asume el punto de vista del subalterno, miembro de una clase social determinada, la más baja. Desde ahí Lázaro se dedicará a un proceso de desenmascaramiento de cada uno de sus amos: la crueldad del ciego, la hipocresía del escudero víctima de los mandatos de la honra, los engaños del buldero, la miseria del cura de Máqueda.

Desde esta perspectiva, uno de los personajes que son observados con mayor asombro y piedad por Lázaro es el escudero. Lázaro narra de qué manera hambre y apariencia conviven en este personaje: “Desde que fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba la puso en él” (1994: 101). El escudero le muestra una manera de comportarse en la privacidad de la casa con un amo: “Si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas; reille ya muchos sus donaires y costumbres, nunca decile cosa con que le pesase, aunque mucho le compliese (...), y ponerme a reñir con la gente se servicio, porque pareciese

tener gran cuidado de lo que a él tocaba (...)” (1994: 105). Y la manera de comportarse en público: “Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le consciera pensara ser muy cercano pariente al Conde de Arcos (...)” (1994: 97). Cuando Lázaro empieza a trabajar con el Arcipreste de San Salvador pregonando sus vinos y los oficios de la justicia y usa las vestimentas acordes a su estatus social. Sin embargo, una vez más, Lázaro se apropia del orden simbólico de la moral dominante y lo resignifica mediante la operación de llevar su lógica al extremo. Ya que, por ejemplo, las nuevas vestimentas que utiliza son las que corresponden a un orden social burgués, sin embargo no fueron compradas sino obsequiadas por el Arcipreste después de mucho uso. Sin embargo, Lázaro reclama para sí el tratamiento correspondiente a la clase representada por su vestimenta, ya que ésta es la lógica de la división en estamentos sociales del Renacimiento. En cuanto a su comportamiento, lejos de ser mesurado y discreto como el del escudero, consiste en ir dando grandes voces y gestos, vendiendo y probando vinos e interviniendo en negocios lícitos e ilícitos.

En esta característica de Lázaro como desenmascarador del orden social postula Asensi que puede defenderse el carácter erasmista de la obra, con la diferencia de que en *Elogio de la locura* es un loco quien por su particular condición dice la “verdad” y, en este caso, la particularidad de Lázaro es su punto de vista de subalterno.

La mayoría de los estudios críticos sostienen que Lazarillo de Tormes es una obra de protesta y sátira social. Sin embargo, tal como señala Asensi, la potencia del texto no reside allí, ya que, como observó Bataillon, no encontramos representados estamentos como el ejército o los mercaderes. La razón por la que el mapa social no se halla en su totalidad es debido a la extrema marginalidad de Lázaro. Éste no contempla desde el exterior del tejido social sino desde dentro, desde su posición de subalterno. Lo que aporta en cambio es la visión de diferentes tipos de subalternidad y la manera en que algunos subalternos (el ciego, el buldero y todos sus amos) pueden volverse dominantes en determinadas situaciones, “un análisis político del problema de la subalternidad desde la subalternidad misma” (Asensi. 2011: 303).

El “caso” al que se refiere Lázaro en el prólogo y sobre el cual desea su Merced oír se refiere a los rumores que circulan por Toledo sobre si la mujer del pregonero es o no barragana del Arcipreste. Sin embargo, éste es relatado al final de la historia, funcionando así como motivo de la redacción de la obra, cuya totalidad está

conformada por los preludios e ilustraciones acerca de la vida de Lázaro y de cómo con “fuerza y maña” logró “arribar a buen puerto”. Estos están orientados a explicar el comportamiento que practica o se le atribuye en relación al “caso” y están estructurados mediante la técnica de selección que realiza Lázaro de ellos. Insistencias y silencios, comparaciones y adjetivaciones son las operaciones de recorte del punto de vista subjetivo del protagonista y parecen dirigirse a la justificación última de su comportamiento complaciente con el Arcipreste y su esposa.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que Lázaro no sepa más que sus amigos al respecto. Las idas y venidas de su esposa a casa del Arcipreste pueden ser suficientes para generar una sospecha, pero nunca podrían ser una prueba contundente. Nadie ha visto a su esposa entrar en la casa en horas inapropiadas y mucho menos a los supuestos amantes en *ipso facto*.

Lázaro ha venido exponiendo en el relato de su vida la constitución de una moralidad particular y diferente en relación a la propuesta por la mentalidad dominante, en la que tienen lugar la mentira, el engaño, la estafa y el robo. Si todo es válido para proporcionarse bienestar económico no resultaría extraño que aceptara el barraganato a fin de complacer a su benefactor. En esta orientación de la percepción del lector y la carencia de evidencia firme acerca del adulterio se halla la sutil trampa para el lector que realice juicios morales apresurados (Calero. 2005:6). Podríamos asumir también la culpabilidad del Arcipreste porque concuerda con cierto anticlericalismo del resto de la novela y porque se orienta a ser interpretado de la forma más cómica. Pero si condenamos a Lázaro con esos fundamentos aún sin tener más evidencia que las habladurías estaríamos revelando nuestra propia debilidad moral y quedaríamos igualados a los propagadores del escándalo. La ironía del procedimiento es que la persona a la que Vuestra Merced y posiblemente los lectores juzgan moralmente inferior e incorrecta posee una moral superior a la propia. La técnica de Lázaro funciona subrepticamente provocando un inesperado cambio de roles entre quienes juzgan y quien es juzgado.

En caso de que Lázaro supiera efectivamente que es engañado por su mujer las consecuencias subversivas no serían menores. Lázaro construye su particular moralidad sobre los elementos de la dominante reorganizándolos a partir de su experiencia de vida, transformándose así en el reflejo o imagen trastocada de los valores hegemónicos encarnados por Vuestra Merced como representante de su clase. Temática de la imagen reflejada y la otredad ya presente en el Tratado I cuando en

ocasión de huir su hermano del moro por verlo negro y no ver que él mismo lo es, exclama Lázaro: “¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mismos!” (1994: 18).

Desde la perspectiva y lógica del subalterno que funciona en *Lazarillo de Tormes* ya no puede considerarse “deshonrosa” o “vergonzosa” la carrera de Lázaro. ¿Cómo se podría juzgar a alguien por pretender sobrevivir?

Lázaro no siente vergüenza de su aspecto físico marcado por las cicatrices y tampoco de la situación por la que se encuentra compareciendo. En este sentido resultan significativas las apreciaciones de Slavoj Žižek en relación a la corporeidad, la vergüenza y el principio de castración, quien retomando a Lacan observa que “(...) la vergüenza es respecto a la castración, como una actitud de esconder discretamente el hecho de estar- castrado. (No sorprende que las mujeres deban esconder más que los hombres: lo que se acepta es su ausencia de pene...) Aunque la falta de vergüenza reside en mostrar ampliamente la propia castración, la vergüenza exhibe un desesperado intento por mantener las apariencias: a pesar de que sabemos la verdad (con respecto a la castración), fingimos que no se trata de eso...éste es el motivo por el cual, cuando veo que mi prójimo discapacitado arrastra hacia mí su miembro desfigurado “sin vergüenza”, soy yo y no él quien está sobrepasado por la vergüenza. Cuando un hombre exhibe su miembro retorcido a su prójimo, su verdadero objetivo no es exhibirse, sino hacer avergonzar a su prójimo por tener que enfrentarse a su ambigua atracción/repulsión frente al espectáculo que está obligado a contemplar (...)” (Žižek. 2005: 119).

Quizás esta driadra de vergüenza-desverguenza explique las lecturas críticas más moralistas del texto y justifique la inclusión de *Lazarillo de Tormes* en ese grupo de textos que Asensi clasifica como atéticos, que en su disposición dan a ver su composición silogística y funcionan como saboteadores de un determinado modelo de mundo, por lo cual poseen un alto grado de performatividad.

El cambio de roles entre quién juzga y quién es juzgado, quién debería sentir vergüenza y quién la siente en verdad hace que el texto funcione de manera especular en relación al lector ya que un planteo político del problema de la subalternidad como postula el texto lo es también de la subalternidad del propio lector.

Bibliografía

- * Alonso Hernández, José Luis. *AIA. Actas VII*. “Lectura psicoanalítica de temáticas picarescas”, Centro Virtual Cervantes, 1980, (En línea) http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/07/aih_07_1_014.pdf.
- * Asensi Pérez, Manuel. *Crítica y sabotaje*, Anthropos, Barcelona, 2011.
- * Asensi, Manuel. “El poder del cuerpo o del sabotaje de lo construido” en Meri Torras y N. Acedo (ds.). *Encarna(c)iones. Teorías de los cuerpos*. Barcelona, UOC, 2008, pp 15-30
- * Baldesar de Castiglione, *Das Buch vom Hofmann* (II Libro del Cortesano), ed. y trad. de Fritz Baumgart, München, dtv, 1986, 401-402. (B. Castiglione, *El cortesano*, trad. de Juan Boscán, ed. de M. Menéndez y Pelayo, *Revista de Filología Española*, anejo XXV, Madrid, 1942, 385-386.
- * Bosch, Magdalena. “Cuerpo e identidad” en *Thémata. Revista de Filosofía*, N° 33, 2004.

- * Calafell Sala, Nuria. “Notas dispersas entorno a la noción de cuerpo como escritura” en <http://revistacajamuda.net/pdf/3/Notas%20dispersas%20entorno%20a%20la%20noci%C3%B3n%20de%20cuerpo%20como%20escritura%20Nuria%20Calafell.pdf>
- * Calero, Francisco. “Interpretación del *Lazarillo de Tormes*”, *Espéculo Revista de Estudios Literarios*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Nº 29, 2005.
- * Ferrer-Chivite, Manuel. “Lázaro de Tormes: personaje anónimo (Una aproximación psico sociológica)” en *Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (1977)* Publicadas bajo la dirección de Alan M. Gordon y Evelyn Rugg. (en línea) Centro Virtual Cervantes: http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/aih_vi.htm.
- *Jojima, Paula. “La pobreza en el *Lazarillo de Tormes* como metonimia de una crisis de valores” en [Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa \(1530-1558\) : \[Congreso internacional, Madrid 3-6 de julio de 2000\]](#) José Martínez Millán (de.), Vol. 3,2001, págs. 311-340.
- * Martínez, Gustavo. “*Lazarillo* o la voz del otro”, *Espéculo Revista de Estudios Literarios*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Nº 28, 2004.
- * Mollat, Michael. *Les pauvres au Moyen âge, étude sociales*, Hacette, París, 1978. 396 p.
- * Penzkofer, Gerhard. “Ingestión y expulsión - el problema de la identidad en el *Lazarillo de Tormes*” en Centro Virtual Cervantes. 1999. (En línea) http://cvc.cervantes.es/literatura/aiso/pdf/05/aiso_5_098.pdf.
- * Rico, Francisco (ED). *Lazarillo de Tormes*, Altaza, Barcelona, 1994.
- * Spivak, Gayatri Chakravorty. “The new subaltern: a silent interview” en *New Lwft Review*, Vinayark Chaturvedi (de.), Mapping subaltern studies and the poscolonial, London and new York, Verso, 2000, P. 326.
- * Todorov, Tzvetan. *La Conquista de América. El Problema del Otro*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 2003.
- * Wolfenson, Carolyn. “Unidad y fragmentación en *Lazarillo de Tormes*” en *Hispanofilia*, enero, 2007. <http://www.thefreelibrary.com/Unidad+y+fragmentacion+en+Lazarillo+de+Tormes.-a0207462167>
- *Zizek, Slavoj. *La suspensión política de ética*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

